

# El siglo de Agustín Yáñez: alegato sobre la tierra pródiga

## RODRIGO MARTÍNEZ MARTÍNEZ

A cien años del nacimiento de Agustín Yáñez, la publicación de su novela *Al filo del agua* en 1947 aún es concebida por los críticos y por el entorno de las artes mexicanas como un salto cuántico, una renovación de la literatura mexicana y una obra que marca un límite hasta convertirse en piedra angular de las letras nacionales. Al filo del medio siglo, la novela del autor jalisciense deja ver las técnicas más refinadas de la narrativa moderna así como una suma de recursos que, anteriormente, nadie ha dominado. Es la obra de Yáñez una alegoría del hombre, una sujeción simbólica a la tierra natal y un presentimiento de atinada reflexión en torno a la gesta revolucionaria en México.

Pero un hecho, metido a sentencia en la historia de la literatura universal, consiste en que las obras cumbres de los autores clásicos siempre menoscaban y ensombrecen otros trabajos de igual calidad y trascendencia. Este fenómeno también se da con Agustín Yáñez, especialmente con *La tierra pródiga*, alegoría sobre la transformación de la tierra y sobre la búsqueda del orden en un caos humano.

Esta obra, publicada en 1960, es recibida con gusto por la crítica y gana la simpatía de los lectores por su agilidad. *La tierra pródiga* relata la lucha de siete individuos por el control de una región provista por bahías y puntas, la cual, en la década de 1920, es llamada Tierra Santa. Pero en el entramado de personajes, donde Yáñez

crea imaginarios y mentes deliciosas con técnicas como el monólogo interior, surgen dos caciques, diferentes el uno del otro, para batallar por el dominio de la tierra. Ricardo Guerra Victoria, "El Amarillo", sujeto bien parecido, seguro y un auténtico lobo del hombre disputa el territorio con Sotero Castillo, quien, tipo literario de la pusilanimidad, la demencia y heraldo de la obsesión con la mujer idealizada, no sólo pugna por las posesiones sino también por consumir el romance imposible con Elena, esposa de su enemigo, y por defender a su hija Gertrudis de las arremetidas seductoras del rival.

Esta novela ha sido vista como un ejemplo de novela de la tierra; es decir, como un modelo de regionalismo. Incluso, se le ha clasificado dentro del género novela de la selva por la presencia de contenidos semánticos y escenarios semejantes a *La vorágine* del colombiano José Eustasio Rivera. Aunque *La tierra pródiga* sí consti-



tuye un caso de literatura regional, tiene características distintas de otras novelas telúricas pues su trasfondo no es la lucha del hombre contra la naturaleza y la consecuente derrota de aquél, sino más bien, es la lucha entre los espíritus humanos y los instintos más refinados por el dominio de la tierra; anhelo que en La tierra pródiga se consume. La estética homeriana del héroe sacrificado que tienen las novelas de José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos y Ricardo Güiraldes, entre otros, es, en La tierra pródiga, una estética de la perversidad, del impulso terrenal en el hombre y de una pugna oculta por erigir una suerte de Eros en las imágenes femeninas del argumento.

La construcción de la novela, los personajes y los escenarios son, en efecto, rasgos del regionalismo. La comarca pródiga de Yáñez, territorio por el cual el autor guarda un afecto acaso maternal, tiene su referente en las poblaciones de Nacastillo, Huehentón, Tenacatita, Mezquitán, Barra de Navidad, Cuyutlán, La Encarnación y en escenarios naturales como la costa de Jalisco, el río Purificación y el cerro del Cívil. Además, la caracterización del habla es igual a la construcción de los protagonistas, de la psicología de los mismos así como de un interés por convertir elementos particulares en formas universales. Vocablos como “titipuchal”, “achichincales”, “triquiñuelas”, “campechanerías” y frases del repertorio popular como “los oscuros instintos de la pandilla estallaron, haciendo de tripas, corazón” distinguen las voces, las reflexiones y el ser mismo de cada individuo. Más aún, mediante esta reconstrucción de lo popular, Yáñez confiere a tal lenguaje una sofisticación literaria, un ritmo y tono que, regodeándose, se confunden con el otro lenguaje, el del autor y el del ideario de una porción de tierra universal.

En La tierra pródiga ha existido una lectura alegórica y una social desde su origen. La primera, ya mencionada, es la batalla por el sometimiento de la naturaleza; la segunda, advertida por un profundo conocedor de las

letras mexicanas, John S. Brushwood, es de contenido social y radica en cómo la tierra explotada puede interpretarse bajo la forma de un triunfo del organismo social sobre el individualismo. Brushwood ve también que el objeto de la lucha es, como las mujeres de “El Amarillo”, una utopía femenina fértil y redentora cuya obediencia cede al dominio y la seducción de los hombres<sup>1</sup>.

La crítica literaria y la interpretación social de La tierra pródiga permiten advertir lo que las letras nacionales dan, gradualmente, tras el paso del medio siglo. Juan Rulfo también deja, en su Pedro Páramo, esta búsqueda perversa del individuo social sobre la tierra y, también, sobre la mujer. Pedro Páramo y Susana San Juan ejercen la misma fascinación alegórica que el triángulo dado por “El Amarillo”, Elena y Gertrudis en La tierra pródiga. Por ello, la mujer y la tierra, al unísono, son los fundamentos de la novela escrita por Yáñez y corresponden a una intención simbólica que va más allá de lo social.

Debido a las influencias de Agustín Yáñez, su obra siempre muestra un sello de modernidad en los recursos de la escritura pero, al igual que sus padres literarios, señala plataformas semánticas semejantes. La lectura atenta a la obra de James Joyce deja a Yáñez las técnicas, heredadas con maestría, de Al filo del agua; habilidades que, con mayor dinámica y fuerza, desarrolla el jalisciense en La tierra pródiga. Pero de un miembro de la lost generation de Estados Unidos, William Faulkner, influye a este gran difusor de la cultura mexicana hasta marcarlo no sólo en la destreza constructiva sino también en la emoción estética.

La odisea simbólica de Faulkner en Mientras agonizo tiene su equivalente a la mujer de Yáñez en La tierra pródiga. El premio nobel de 1949, creador de Yoknapataupha, narra en esa novela una travesía heroica como la hecha por Ulises en el relato de Homero. Yáñez, influenciado por esta necesidad de significados, convierte a la mujer en el símbolo de su obra. Como



Arturo García Bustos

resultado, la semántica de La tierra pródiga tiene como referente la cosmogonía del mito occidental griego. La mujer es el símbolo del origen, la fertilidad y del orden. La personificación del orden es, también, la expiración del caos. Por otra parte, la tierra, que en Yáñez constituye una comarca santa y prometida, representa el estadio de la perfección en el tiempo. Así, la mujer, que es tierra, origen y fertilidad, la mujer pródiga, la mujer dadora de los valles, los montes y los mares, como la Gaya (Gea) griega referida en las Teogonías por Hesiodo, es la punta de lanza del instinto masculino. Propensión que constituye una odisea perversa al interior y al exterior de la conciencia del sujeto y cuyo móvil es la seducción de la tierra.

Esta asociación simbólica de la mujer salta a la vista del lector como las muchas mujeres del cacique en Tierra Santa. “El Amarillo”, entonces, es el instinto terrenal de lo humano y es la búsqueda por el triunfo sobre el caos padecido por un diminuto universo territorial. La comarca pródiga de Yáñez es por ello una dualidad: se trata de la mujer generosa, de la seducción carnal y del

estadio de serenidad que otorga el orden femenino; pero, el segundo elemento, radica en el poder sobre la tierra misma; tierra también dominada por la mano del individuo o por la fuerza del progreso. De allí la visión de “El Amarillo”: “punta Elena, punta Margarita, punta Rosana, punta Catalina, punta Ida, punta Marta, punta Elisa. –Cada una lleva el nombre de alguna mujer.’ Hubiera querido decir de alguna ilusión. Soterradas todas en deseos que apenas afloraron sin florecer”.<sup>2</sup>

La incitación de la mujer sobre el hombre es entonces una forma de trascendencia cuya materialización es la tierra y sus dotes de fertilidad. El binomio de La tierra pródiga, elemento presentado bajo otra forma en obras como Las tierras flacas, constituye un alegato simbólico y es el punto de partida del autor para establecer nexos con la universalidad. El dominio de la tierra y su transformación significa el estadio sublimado del ser; es decir, el retorno al origen y una especie de metamorfosis de lo humano a lo deífico; o bien, de cómo el mortal adquiere el poder de la creación y la destrucción a través del pro-

greso: "La tierra caliente se le fue pegando a la piel. Cielos cargados. Olores salvajes. Sensación de que aquel aire obligaba a respirar de forma distinta, que habría de aprender obligatoriamente. El gran libertinaje de la naturaleza imponía exigencias. Como mujer. Exigencias de mujeres. Mujeres exigentes. Las mujeres son exigentes. Broncas. Hay que domarlas. Como a la tierra tórrida, llena de misterios, de alimañas, escondida su fecundidad bajo malezas, que hay que desbrozar a punta de machete, con hachas, con quemas inmisericordes. Fue dominándolo la ambición de reinar sobre aquellas latitudes impenetrables que iban al océano."<sup>3</sup>

La trascendencia de *Al filo del agua* de Agustín Yáñez, secretario de educación de 1964 a 1970, es absoluta en la literatura mexicana. Sin embargo, ante la dimensión de una obra como tal, clásico de las letras hispanoamericanas, se han ensombrecido otras novelas maestras como *La tierra pródiga* que, si menoscabo del absoluto logrado por la primera, se le puede colocar, sin duda, en un pedes-

tal a la misma altura. La tierra pródiga es otra cúspide de las letras nacionales y, también, es uno de los pocos relatos cuyo argumento alcanza a imprimir un sentimiento de completa emoción a la lectura y un espectro de tpos tan vasto que hay numerosas posibilidades de interpretación. Pero de todos esos elementos, es la alegoría de la mujer y de la tierra, la que manifiesta un amor y conocimiento profundos por el terruño. De modo que Yáñez, como señala Brushwood sobre él y sobre López Velarde y Alfonso Reyes, sabe como salir de lo particular para acceder a lo universal. El resultado, un regionalismo fino, simbólico y amoroso sujeto a los impulsos estéticos de un autor siempre prolífico.

#### BIBLIOGRAFÍA

BRUSHWOOD, John (1966), *México en su novela*, México: FCE.

YÁÑEZ, Agustín (1984), *La tierra pródiga*, México: FCE-SEP

<sup>1</sup> John Brushwood, *México en su novela*, pp. 21-78.

<sup>2</sup> Agustín Yáñez, *La tierra pródiga*, p. 65.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 80-81.

## ATLAS DE INFRAESTRUCTURA CULTURAL DE MÉXICO

Una herramienta formidable para el desarrollo de las políticas culturales  
Con información sistemática y actualizada, distribuida por estado y municipio

### ¿Sabías que?

- México ocupa el sexto lugar en el mundo con 23 lugares declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y el primero en América Latina
- El patrimonio inmueble asciende a 33 mil 194 sitios arqueológicos, 67 mil 80 monumentos coloniales y 11 mil 952 inmuebles del siglo xx
- Están registradas más de 6 mil 500 bibliotecas públicas en la Red Nacional, 90.8% de los municipios tienen biblioteca, 99.4% de nuestra población vive en ellos y cuenta con mil 146 librerías
- En el país existen 2 mil 823 salas de cine, 544 teatros, mil 592 casas de cultura
- De los mil 58 museos registrados, 643 abordan temáticas de antropología e historia; 239 de arte; 129 de ciencia y tecnología; 12 dirigidos al público infantil y 35 con temáticas diversas



El Atlas de Infraestructura Cultural de México puede consultarse en la página de internet del Sistema de Información Cultural. <http://sic.conaculta.gob.mx>

**CONACULTA**

la cultura en tu mano

30 millones de mexicanos disfrutaron las más diversas manifestaciones culturales en 2003. **Acompáñanos!**

Contigo

es posible